

LA VIDA EN LA MANIGUA DE LOS MAMBISES

Por Federico Alomá.

Haciendo trabajar mi memoria hago un esfuerzo mental, ya que mi atribulado cerebro por ingraticudes recibidas por nuestros desconsiderados Gobernantes, solo he podido recopilar estas líneas que escribo, que crispan al leerlas al ánimo del Cubano más indolente. La devoción sentida por una causa noble y justa, tienen por deber el sacrificio hasta la Inmolación.

Cienfuegos, Febrero 12 de 1948.

Federico Alomá

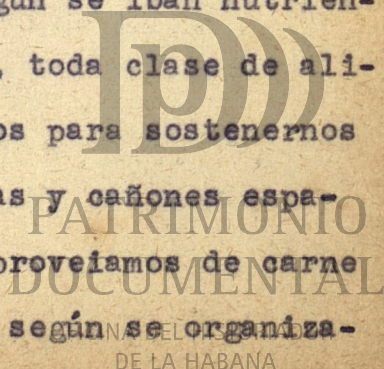
-----

Menú Mambí utilizado por los Insurrectos en la Guerra de 1895.

Recuerdos de la campaña de 1895 en la manigua heroica por los Libertadores Cubanos.

Cuando comenzó la campaña de la guerra del 95 los campos de Cuba estaban vírgenes de abundantes carnes, caballar, lanar y de cerdo; viandas, frutas y aves.

Todo esto duró poco tiempo a medida y según se iban nutriendo las filas del Ejército Libertador Cubano, toda clase de alimentación se iban agotando; nuestros recursos para sostenernos alimentados estaban bajo las balas, bayonetas y cañones españoles, en ciudades y pueblos de campo. Nos proveíamos de carne en los potreros al principio de la guerra y según se organiza-





ban los Regimientos de caballería infantería y caballería todos nuestros productos fueron extinguiéndose. Comienza para los Mambises la odisea de comer carne de caballos, yeguas, mulas y burras y la cubana jutía, y en caso aislado algún cerdo cimarrón cazado por los Prefectos y distribuida su carne para los heridos y enfermos pernoctados en los hospitales de sangre. Las carnes de caballos, yeguas, burras y mulas como de las jutías eran asadas o salcochadas sin sal ni manteca, ni aún limón, naranja o ají guaguao. Los ajiacos se confeccionaban de las viandas residuos de las sembradas por los campesinos antes de estallar la guerra con la carne de jutías. Voy recordando: una vez acampada la Brigada de Remedios, Cuarto Cuerpo, la División, en la costa de Caibarién no se encontraba el agua pero en defecto de ella exprimimos unos retoños de cañas de Colonias abandonadas por sus dueños y pusimos a salcochar unos cangrejos con las patas llenas de fango y por viandas, mangos tiernos y a falta de limón, ají guaguao. Cuando nos comenzó la digestión de esa alimentación tan rara a los que absorvimos ese ajiasco nos causó unos vómitos y a otros una enteritis que tuvimos que acudir al médico de la fuerza para que nos mandara alguna medicina, y por el método de la guerra nos mandó tomar cocimiento de almácigo esa sola receta nos puso bien por el momento. Los casi diarios caldos de jutías eran hechos con el cogollo de la palma criolla por falta de viandas, y por sal el limón, naranjas agrias o ají guaguao, y la manteca cebo de res sin más especies. Recuerdo haber comido jiquima, tubérculo que se produce de vejuco y para encontrarla había que conocer su rama, pues el Insurrecto que



nunca fué campesino se le hacia difícil encontrarla.

Una vez de marcha por la Ciénaga de Zapata, término de Jagüey Grande, nos comimos una cola de cocodrilo tierno, salcochado un pedazo a pulso y otro pedazo fué frito con un poco de su misma manteca pero teníamos sal y sazonado con unos tomates silvestres. Recordando: Esperando una expedición con las fuerzas del general González puesto sobre aviso acampamos en la costa de Punta Alegre, tuvimos que comer cangrejos asados solamente, y de las cangrejas aprovechamos las huevas para engrasarnos el estómago. En este punto cojí una indigestión por haber comido gran cantidad de la fruta conocida por ateje a punto de haber muerto gracias a un cocimiento de guaguasi salvándome debido al buen efecto de esa medicina. Cuando alijó la expedición, nos trajo armas de todas clases, ropas, zapatos, medicinas y especialmente mucha quinina en polvo y por varias ocasiones nos la mandaron los buenos cubanos por la boca de los fusiles y unos cuantos quintales de tocino y tasajo de Montevideo. Tanta fué la nutrición de esos alimentos salados que nos produjeron dicenteria por lo salado, lo que dejamos de comer por mucho tiempo. Recuerdo, según mi memoria me ayuda a escribir el menú Mambí que enfermo de unas fiebres de frío y ulceración en las piernas estaba pernoctado en una prefectura en los Montes de las Llanadas, mi asistente llamado Sixto Lion indio de Yateras, conocedor de todos los palos del monte y yerbas de la botánica cubana, me suministraba los cocimientos de almácigo, o bien de guaguasi que cuando se raspa la cáscara del árbol hacia arriba su resina sirve de vomitivo, y hacia abajo de purgante. En los días de



estar en ese hospital hizo Sixto de unas tablas de palma, trabajo enorme, una especie de bandurria y sus cuerdas fueron hechas de las tripas de jutías; y con ese instrumento rústico en verdad en horas de angustias, dolores y sufrimientos la tocaba el indio y algunos compatriotas entonaban las décimas Cubanas en horas alegres que nuestro espíritu confortaba el alma mambisa. ¡Quizás en aquellos momentos bailaban en las ciudades con grandes orquestas cubanas con españoles, pero esa música les hería el alma y conturbaba sus sentimientos. Nos servíamos de la carne de majá unas veces frito en su manteca y en otras salcochado con la sazón del limón, etc., carne de carey, iguana y de otras especies eran los alimentos mambises; de los ríos la viajaiba, la guabina, la anguila, el camarón, el manjuarí, el joturo, la jicotea y robalo, estas carnes blancas, eran por lo regular asadas o salcochadas sin sal y sin manteca, plato infamante desagradable. ¡Que abnegación de hombres que gastamos nuestros juveniles años para darles a la nueva generación de cubanos, Patria, Bandera, Soberanía y Libertad! ¿Habrá Ejército en el mundo más abnegado y sufrido que el cubano? creo que no. Ingratos los que nos odian y maldicen. Al comienzo de la guerra se freían las viandas con la manteca de cerdos que se criaban silvestres en los montes, pero cuando se acabaron lo hacíamos con el cebo de la res, o la manteca de la mula muy parecida a la de cerdo. Se acabaron las aves de corral, chivos, carneros, etc. Durante la guerra hubieron muchos cubanos y españoles que se hicieron ricos comerciando con la dignidad y la conciencia cubana, y



nosotros los Veteranos fuimos los carneros de ayer y seguimos siendolos hoy.

En los primeros meses de campaña estaban nuestros cafetales vírgenes pero cuando los Ejércitos Españoles se saciaban talándolos, hubimos de apelar al café de guanina, macagua y el de chorote, maíz tostado y hervido con guarapo o mieles silvestres. Cuando teníamos la manteca de res, majá o la del cocodrilo se freían las viandas y sus carnes con la propia grasa de ellos. A medida que hago estas notas voy recordando que incorporado al Escuadrón de Roberto Bermúdez, que llegó a General, y fusilado en Trilladeras después de un Consejo de Guerra; acampamos en la finca Groenlandia término de Jagüey Grande, Provincia de Matanzas, encontramos una tabla de yucas agrias que solo sirve para almidón, y salcochamos unas cuantas y si no hubiera sido por algunos Insurrectos campesinos que la conocían nos hubiera causado la muerte por envenenamiento. La Providencia nos salvó ese día.

Los dulces eran hechos con toda clase de frutas y endulzados con guarapo, mieles silvestres y en última providencia con la miel de purga. Una vez hicimos un dulce con el palo de la fruta bomba con la propia miel de purga, el hambre nos agusaba la necesidad de darle solución a cuanto extraño se encontraba. Una malarrabia de rabujas de boniatos y jiquima fué una comida del día acampados en Mabulla. Según se fué recrudeciendo el hambre por la falta de alimentos, comimos macaos, siguas y caracoles de costa. Afortunadamente no estaban los caracoles de que nos hablaba el Apóstol porque si están a nuestro alcance también dejamos a Martí sin ellos. El hilo para coser o remen-



dar nuestros harapos era sacado del palo conocido por chichicat্রে que dá unas hebras muy finas, sustituto del hilo. Las hamacas se hacían de la cáscara de la majagua y en las Prefecturas se tejían los lazos para los monteros. Para fiebres teníamos la aguedita, la jibá, y la cagadilla de la abeja de la tierra hervida con limón aliviaban las fiebres palúdicas; y remedio más radical que la sustancia de esas plantas era el unguento de ahiviene el Soldao. ¡La quinina en polvo era la más eficaz. El tabaco, poco tiempo duró el cosechado por los vegueros en tiempos de paz, que mucho se llevaron a vender a los pueblos: los más viciosos lo fumaban de la hoja del trébol muy abundante y también lo fumaban de hojas de guayabas tostadas, y envueltas en la tela de la parte interior de la yagua que sustituía mal papel. Los zapatos se construían en las prefecturas por los mambises destinados a esa labor del zapatero, los cuales eran repartidos por los Jefes a sus respectivas fuerzas; pero lo raro de ese calzado curtidos sus cueros con la cáscara del mangle rojo, cal o cenizas; cuando el Veterano que los usaba se le mojaban en los pies cruzando ríos o ciénagas le bailaban en los pies y cuando se calentaban durante las marchas a pleno sol se volvían los zapatos como chicharrones que había que votarlos porque no se podían resistir en los pies; ese era el calzado mambi. La miel de abejas hervida con limón o naranja agria, sin quemar la miel le llamabamos Cuba Libre, y cuando primero se quemaba la miel y después echada el agua y las hojas de naranjas "canchanchara". De la caña fistola o cañandonga servía también para las fiebres; su pasta habida en los cartuchos semejante al chocolate



se tomaba y da un sabor desagradable. Los ranchos para cobijarnos de las lluvias y de la luna se construían de vara en tierra y se cobijaban de yaguas hojas de platanos secas, de palma de espartillo y cogollos de caña, esas eran nuestras casas mambisas. Cuando no se tenían hamacas se hacían en forma de parrillas con palos, y de colchón las hojas de plátanos secas, el espartillo y paja de caña que formaban un restaurador confort. Cuantos cubanos estarían entregados a morfeo y muchas cubanas arropadas y entregadas en el éxtasis del placer con oficiales españoles. Las raspaduras venían de las prefecturas hechas de guarapo y repartidas a las fuerzas acampadas por los Ayudantes de Jefes Superiores. Los sombreros se construían en las prefecturas confeccionados por mujeres mambisas y hechos de las hojas de la palma de yarey. Todos los equipos de cuero como vainas de machetes, cananás, cintos, carteras y los arrees para cargar a lomo de mulos nuestros cañones eran hechos en las talabarterías mambisas. La sal la hacían en las costas muy ocultas de los soldados, los prefectos para repartirla a las fuerzas. También entre los montes del tronco de la palma de manacas hecho cenizas se ponía a hervir en grandes calderas y evaporada el agua a fuerza de candela quedaba hecha la sal. Para limpiar los armamentos empleábamos el tuétano de los huesos de la res. Y a veces nos pasábamos al estomago ese tuétano para amortiguar un poco el hambre. De frutas extraíamos la pomarroza, el jobo, el zumacará, el atege, el corajo, y el caimitillo. Para darle solución al mamey colorado, de verde los convertíamos en maduro poniéndolo entre ceniza caliente y ya asado se podía comer y muy sabroso. El mamey de



Santo Domingo y el aguacate no tenían acotejo sino maduro natural. En los pueblos cuantos no estarían saboreando la rica piña, el dulce canistel, el mamey y la guanábana y el anón. Del maíz cuando tierno solcochado asado y en ajiaco con la cubanísima jutía y por sal el veterano limón con la naranja agria y el confortante ají guaguao que lo ponía a uno en candela por que le abrazaba a uno las entrañas.

Cuando se conseguía el maíz seco se ponía a hervir con ceniza y considerado blando se hacía harina rayando sus mazorcas en unos guayos hechos de latas de sardinas de las que dejaban los soldados españoles en los campamentos; esa harina se hacía dulce adhiriéndole mieles silvestres, etc. La guanábana verde, el mango y otras viandas salcochadas por muchas ocasiones fritas con la manteca de res, o de la mula muy semejante a la de cerdo por su finura. Voy haciendo memorias: según voy perjeñando este menú mambi; el caldo del pájaro llamado judío que no tenía nada de cristiano, sazonado con tomates cimarrones y berros del río palmarito. Que sublime abnegación de los cubanos Libertadores que sufriendo todos los rigores de una campaña de cuatro años de sufrimientos patrios, nunca nos quejamos de estar luchando por nuestra Independencia, para que todavía Gobernantes y Congressistas nos tengan en la violada esperanza de cobrar nuestros atrasos. Cuantos cubanos en los buenos hoteles estarían absorbiendo el clásico caldo gallego mientras los mambises mirábamos para la luna. Los soldados del Ejército Libertador Cubano el más valiente de las Américas, peleábamos desnudos y descalzos sin alimentación, ligeramente armados echamos de nuestras hospita-



larias playas los ejércitos más aguerridos del mundo, los ejércitos de España que se llevaron su bandera hecha girones y mancharon la historia de la bárbara España en Cuba. El soldado Libertador de Cuba, cargaba sobre sus espaldas el jolongo con la hamaca, el caldero, el plato, la botella de la sal y algunas viandas, etc. Al cinto el machete, la canana y al hombro el fusil que pesaba más de 15 ó 20 libras. Pero hoy como ayer somos los más vejados por muchos cubanos indolentes. En los rigurosos inviernos nuestras frazadas eran la candela y en la primavera la capa de agua eran las yaguas; no había noche de sueño restaurador. ¡Cuántas cubanas estarían en los brazos de nuestros traidores al plácido conjuro, es decir juramentándose amor hacia algún oficiatillo del Ejército Insular; mancebas muchas de Gobernadores y Congressistas! ¡Que ejemplo más sublime de nuestras mujeres mambisas que vistiendo la hoja de parra, lavaban y surcían los harapos en las prefecturas a los enfermos y heridos; curaban con generosa delicadeza con sus manos de angel y corazón de virgen a los heridos y enfermos hospitalizados, les suministraban toda clase de cocimientos de la botánica cubana, velaban a nuestros muertos por heridas o enfermedad a la luz de las velas de sebo y cera, y así entregaban su alma al Dios de la Libertad Cubana! ¡Algunas de esas viejas patriotas están viviendo en la miseria, mientras cortejas de Gobernantes y Congressistas tienen pensión que la disfrutan en lujosos trajes, cabarets y paseos en lujosas máquinas que las paga el Estado: vergüenza y crimen Nacional es eso.



Sigo recordando: cuando las fuerzas de la Brigada de Remedios fué a buscar la expedición de Palo Alto en Sancti Spiritus arribada felizmente a las playas cubanas traída por el general Núñez, trajo armas de todas clases y mucha ropa, zapatos, hamacas, capas de agua, sombreros, medicinas en abundancia, víveres en general, azúcar de remolacha, tocino, tasajo y galletas de frijol, etc. Tanta abundancia ocasionó a muchos insurrectos fuertes indigestiones muriendo comiendo, y no por las balas españolas. Salvar esa expedición por ciénagas, veredas y montañas era obra de Romanos, hasta salvarla de la persecución de las guerrillas y fuerzas españolas. Vive en nuestros montes un bicho parecido al cienpies grueso y de regular tamaño que cuando se enrosca al ser tocado, por sus anillos expulsa un líquido de olor a creosota, o ácido fénico de fatales consecuencias. Acampados a la orilla de los montes como fuerte refugio de la persecución de los guerrilleros y soldados de línea; teníamos como música el canto del cotunto de fúnebres notas musicales, la ciguapa, la sabandija y colín, constituían una infernal orquesta que no se podía recuperar el sueño. ¿Cuántas cubanas en aquellas épocas estarían bailando del brazo de nuestros traidores dándoles el calor de sus cuerpos de belleza y hermosura, sin pensar en los destinos de la patria cubana amenazada de seguir viviendo bajo el yugo explotador y fuerte de la Colonia española. En las grandes batallas nos hacían bajas entre muertos y heridos las fuerzas del Gobierno de España, algunos eran retirados por nosotros cuando la oportunidad lo ofrecía durante los combates, y conducidos en camillas a las Prefecturas. ¡Habría historiador por muy



ilustre que sea describir páginas tan heroicas y elocuentes del patriotismo de los Libertadores Cubanos; ¡jamás! Los valientes del 68 nos enseñaron a la juventud del 95 coger el agresivo rifle y sacar de sus vainas el acerado machete para imprimir montados en las caballerías las famosas cargas que hicieron célebres a los jinetes Mambises, y así rendirles tributo de admiración y respeto a nuestros caudillos. ¡Muchos mártires y héroes de aquellas jornadas indescriptibles viven en el montón anónimo! Cuantos malvados desean hoy la extinción de los supervivos Libertadores para que nuestras pensiones vayan a engrosar los humildes sueldos que disfrutan hoy Gobernantes y Congressistas. Teníamos los insurrectos por enemigos en los pueblos, guerrilleros, voluntarios, movilizados y el poderoso Ejército Español que conoce la Europa. En los campos el mosquito, el jején de ardiente picada, el corasí muy ponzoñoso, el tábano chupador de nuestra sangre, el jagüey infame, indolente, el roedor posado sobre las orejas y extremo de la nariz, su única misión. La garrapata jira, la nigua y el terrible abujo, pequeño insecto que se introduce en la piel y produce una picazón que mientras más se rasca uno, más severa es la picazón, dejando ronchas que a veces se convertían en úlceras. El carangano y el piojo. Habrá algún cubano hoy que resista inmutable igual sacrificio que los Veteranos, es imposible calcularlo. Nuestros centinelas eran los Caos que empinados en la cresta de los árboles entendíamos en su lenguaje ¡Ahí viene el Soldado! y en raras ocasiones no nos equivocábamos y en guardia pues, para darle el frente a nuestros enemigos. El judío negro como el azabache era también un



buen explorador insurrecto. Estos pájaros amigos y centinelas nos prestaron mejores servicios en la guerra que los cubanos abrazados a la bandera roja y gualda de triste recordación.

Cuando el sitio al pueblo de Mayajigua, desastrosa operación, pues tuvimos muertos y heridos acampados en la ciénaga de los perros sufrimos también la invasión de una plaga de todos los insectos nuestros desleales amigos; pero todavía se conservaban restos de huesos y de su tuétano calentado absorbimos su sustancia ya calentado, y eso fué nuestra alimentación hasta consumir el último hueso, -pestilente.- En los continuados años de guerra luchamos por nuestra Independencia de esta tierra Antillana que está situada a la entrada del Golfo Mexicano donde se agitan los mares en promontorios de agua salada que parecen montañas de elevadas consideraciones; y que por razones de hambre teníamos que ir a las zonas de cultivo de los españoles cambiando vidas por viandas; y esas eran las montañas de nuestros muertos. Agitados nuestros desfallecidos cuerpos en marchas forzadas nunca esquivamos el combate. Muchos jóvenes guerreros del 95 no acostumbrados a las faenas del campesinado cubano no sabíamos sacar boniatos, pero fué tanta la necesidad de hacerle para comer, que muchos de nosotros aprendimos hasta de noche sacarlos bajo tierra; esas zonas de cultivo estaban rígidamente custodiadas por los centinelas de los fuertes y hacían rondas, pero aún así nos arrastrábamos y cambiábamos vida por una mazorca de maíz. Que ilustración tan grande teníamos los Libertadores de Cuba amada creyendo que nuestra generosa sangre incrustada con devoción pa-



triótica nos daría días de gloria como sello puesto en el triángulo rojo de la bandera cubana, la más linda del mundo, y menos adorada y respetada por cubanos indiferentes. El papel mancillado por tantos infames ha sido la obra de los Caines que nos habla la Santa Biblia. Nuestras ropas eran lavadas con el jabón mezcla de sebo y ceniza que dejan un olor desagradable al más renuente alfato. Nuestros platos y cucharas eran de jaguas y para tomar el agua o café la típica jicara de coco o la propia guira cimarrona. Urbano Vázquez que fué Director del Periódico Cuba y México, publicado en New York el año 1898 dijo: España encubó en el sentimiento de sus hijos los más sanguinarios crímenes cometidos por Weyler y Balmaseda desde 1869 a 1895. España verdugo de todas las razas y de todas las creencias sembró el camino de las más grandes hecatombes humanas. Y yo digo: Gran número de la reciente generación engendró su odio a los Libertadores, nuestros propios hermanos.

Cuando los ejércitos españoles evacuaron nuestras hospitalarias playas ensangrentadas por sus crímenes que en tres años no dominaron los Generales que mandaban el Ejército desde 1895 a 1898 y sin embargo, se concedieron por el General Polavieja, 11,276 cruces rojas, 5,815 cruces pensionadas, 1,314 cruces de María Cristina, y 3,737 empleos. A los Libertadores nuestros Gobernantes nos premiaron rebajandonos nuestras pensiones y nos ascendieron a la condenación del hambre y la muerte. Que metamorfosis cubanos de tiempos pasados y presentes. Y yo digo: ¡Valientes y ultrajados Libertadores! hijos y sucesores de los malaventurados Siboneyes! recordar que los Go-



bernantes no son grandes sino por que los pueblos engañados los acatan de rodillas, y principalmente la clase Veteranista los hemos acatados sin protestas.

Estas notas recordando el menú mambí y las peripecias de la campaña del 95 son pálidas comparadas con las marchas de día y noche sin evadir combates, bajo torrenciales aguaceros y la oscuridad de la noche, toda esta sublime abnegación fué la prueba de nuestro patriotismo. LOS TITANICOS ESFUERZOS DE LOS HOMBRES DE HIERRO DE LA EDAD HEROICA DE NUESTRA HISTORIA, NO HAN SIDO PREMIADOS CON EL LAUREL DE LA VICTORIA.

Cienfuegos, Febrero 12 de 1948.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA